

Claudia RUIZ GARCÍA, *Estética y doctrina moral en Baltasar Gracián*. México, UNAM, 1998. 268 pp.

*Estética y doctrina moral en Baltasar Gracián* es uno de esos libros que dejan al lector con ganas de saber más, de leer más, de conocer mejor. Dividido en tres capítulos, su capacidad de síntesis y la erudición de su autora nos permiten, con un menú de degustación, saborear varios platos distintos. Sin embargo, como en esos casos, la oposición entre conocimiento y parquedad nos impiden quedar satisfechos.

Algo como la desazón del goloso queda después de su lectura. Uno quisiera poder regresar a ellos y disfrutar todo lo que Claudia Ruiz García sabe y puede decirnos sobre cada tema en particular. Ya en la introducción nos adelanta la razón de nuestra insatisfacción: “Me interesaba buscar reflejos y no causas de toda una forma de pensar y de ver al mundo que se formalizó con el Concilio de Trento” (p. 9). Este libro logra mucho más que eso, pues presenta la complejidad de uno de los escritores más complejos que existen en una de las épocas más complejas de la historia. Y perdón por la necesaria redundancia. Lo que pasa es que la vinculación entre Ignacio de Loyola, Baltasar Gracián, La Rochefoucauld, Blaise Pascal (y Maquiavelo y Montaigne), la reforma y la contrarreforma, el Concilio de Trento, los jesuitas y los jansenistas, Francia y España, el barroco y el puritanismo, requería de muchos más hilos para que la tensión del tejido fuese completa. Lo que demuestra que aquel famoso aforismo de Baltasar Gracián, “lo bueno, si breve, dos veces bueno”, no es siempre exacto. Es tan rico e intrincado el fresco que este libro elabora que inevitablemente queremos más. Bueno de por sí, ampliado sería indispensable y tan abarcador como *La cultura del barroco* de José Antonio Maravall, con el cual dialoga sobradamente.

Para que estas palabras queden claras es necesario recapitular un poco sus temas. El primer apartado, “Los jesuitas y su tiempo”, es un ensayo

sobre la línea cultural que va de Ignacio de Loyola a Baltasar Gracián. Una línea bastante complicada, no solamente por las personalidades excepcionales de estos dos personajes, el fundador de la Compañía de Jesús y el más afilado de los prosistas que produjo el barroco español, sino porque en el plano histórico los años que van de la fundación de la compañía a los últimos escritos del más reciente de sus miembros contempla no solamente la estabilización de la orden, sino también la elaboración de los puntos principales de la argumentación católica frente a la reforma protestante, todo esto dentro de la ardua negociación política de Estados, órdenes y poderes que produjo el Concilio de Trento, de todo lo cual Ruiz García nos da un brevario tan claro como sintético.

No conforme con esta intrincada red, el segundo capítulo vuelve a presentar este conflicto, aunque el eje de las oposiciones cambia, enfocando ahora una de las grandes augmentaciones filosófico-político-religiosas que se dieron en esa época: “la querella entre jesuitas y jansenistas”, en la que Pascal tuvo gran injerencia, y ante la cual Baltasar Gracián se revuelve sin que nunca pueda ser pescado. Este capítulo introduce la relación entre uno de los miembros del círculo jansenista y este jesuita levantisco: La Rochefoucauld. Si en todo el libro Ruiz García ha ido mostrando que sabe de lo que habla, es en esta comparación, por lo exclusiva, donde, al comparar lo aforismos del jesuita con las máximas del jansenista, cubre todos los flancos: influencias, diferencias, retórica, tradición, resultados. Basta una cita para comprender la complejidad del tema: *El criticón*, libro central de Gracián, es para ella una obra que “parecía más bien haber salido de la pluma de un jansenista y nunca de la de un jesuita” (p. 157).

¿Qué quiere decir esto? El título del libro, al que se dedica el último capítulo, lo explica. Gracián es, dice Ruiz García, un “filósofo moral que se impone como tarea esencial pensar en la vida o en el vivir” (p. 171). Pero es también un escritor que “elabora, a través de la *Agudeza y arte de ingenio*, una idea de la literatura como ejercicio eminentemente creativo de la mente humana (p. 205). Vida, normativa religiosa, escritura, creación y pensamiento son varios de los puntos que Gracián trata de religar a lo largo de su obra. Al principio dije que Gracián era reticente. Y la reticencia es esa figura retórica que “consiste en dejar incompleta una frase o no acabar de aclarar una especie, dando, sin embargo, a entender el sentido de lo que no se dice, y a veces más de lo que se calla”. Por eso las distintas aproximaciones de este libro, pues Gracián es un autor imposible de encasillar y al mismo tiempo relevante en muchos asuntos. Por eso también su extrema actualidad. Su visión de la retórica, que Ruiz García muestra muy bien, es un ejemplo de esto. En lugar de una preceptiva lo que Gracián construye, en consonancia

con algunas de las más interesantes aportaciones de la retórica contemporánea, es una descripción de las complejas vinculaciones entre lenguaje y vida:

Estamos frente a una casuística de la figura o estudios de casos de figuras retóricas, en donde se podría establecer una correspondencia con los casos de conciencia: los casos de retórica son al ingenio lo que los casos de conciencia a la moral. De allí la relativa y aparente contradicción de Gracián. Como cada problema moral, cada figura retórica es particular y no se puede delimitar en su totalidad. Por esta razón la *Agudeza y arte de ingenio* no se reduce a reorganizar un conjunto de figuras. La clasificación de Gracián agrupa tropos y figuras según el criterio de su funcionamiento que, a su vez, ilustra el mecanismo del ingenio o la agudeza (p. 227).

La obra de Gracián es una madeja de argumentaciones en donde la contradicción nunca abandona ni la elegancia ni el rigor. Difícil de sostener en una época así, y bajo las presiones ideológicas que se vivían, una coherencia que tocara los puntos necesarios. De ahí que casi todos sus libros se publicaron bajo seudónimo, y por eso también las persecuciones que padeció. De ahí el énfasis puesto en el título entre estética y moral, y la actualidad de tal vinculación. Como ella dice en sus conclusiones, en Gracián “teoría estética y doctrina moral se caracterizarán, sobre todo, porque no aceptan un juicio único y globalizador” (p. 250). Difícil en esa época. Difícil y necesario hoy en día.

Pedro SERRANO

Virginia WOOLF, *El viejo Bloomsbury y otros ensayos*. Selec., trad. y pról. de Federico PATÁN. México, UNAM, 1999.

Hermione Lee comienza su reciente biografía de Virginia Woolf con un capítulo titulado “Biography”, en el cual nos ofrece una serie de citas y reflexiones de la misma Woolf en torno a lo ilusorio que resulta pensar que a partir de acumulaciones gigantescas de datos llegaremos alguna vez a conocer a fondo a una persona. Para Woolf, el arte de la biografía siempre ha tenido que vérselas con la unión de dos fuerzas opuestas: la pesada solidez de los datos veraces, el famoso granito de su ensayo “The New Biography”, y la esencia más escondida e inaprehensible de la personalidad humana, es decir, un elemento similar al arco iris. Acto seguido, Lee pasa a compartir con nosotros sus dudas acerca de las limitantes y los posibles logros de su